

SHIFER

EN EL TEMPLO DE LOS JAGUARES

—♦— MARTA ROMÁN —♦—



Una emocionante novela
de *parkour* extremo en la selva

m̄

—•••— MARTA ROMÁN —•••—

SHIFER

EN EL TEMPLO DE LOS JAGUARES

m̄r

© Marta Román Barranco, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño e ilustración de la cubierta: © Aitor Fernández Acosta

ISBN: 978-84-270-4873-7
Depósito legal: B. 7562-2021
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Black Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>La leyenda de Amazón</i>	9
PARTE 1. Veinticuatro horas	13
PARTE 2. Tres lunas	73
Primera luna	93
Segunda luna	135
Tercera luna	159
En el agujero de gusano	212
PARTE 3. La Ciudad de BeelzéBul	217
GLOSARIO. <i>Términos procedentes del parkour y de la lengua indígena</i>	269

1

Tenerife, 1 de junio

Trece días antes de que la aventura comenzara

Alejandro Wilson entró el despacho de su casa y desconectó el móvil de la batería, donde lo había dejado cargando la noche anterior. Eran las siete de la mañana y su esposa Yaiza le esperaba en el porche para desayunar juntos, como cada día, antes de salir para Santa Cruz, donde se ubicaba el edificio de oficinas de la Naviera Wilson de la que él era presidente.

Miró la pantalla despreocupadamente y vio que el WhatsApp acumulaba varias notificaciones. Una de ellas le llamó la atención y clicó. Una boca de gruesos y oscuros labios ocupó la pantalla del iPhone y lanzó un mensaje de treinta segundos: exigía la venta de la Naviera Wilson a una sociedad llamada BeelzéBul y valoraba la operación en un millón de euros. La voz era suave, pero perturbadora; el mensaje no amenazaba, pero era inequívoco.

Wilson no conocía ninguna sociedad de tan siniestro nombre. Clicó de nuevo en el vídeo. Un destello salió de entre los gruesos labios. Detuvo la imagen en el segundo catorce e hizo un pantallazo. Amplió la foto y descubrió un pequeño diamante incrustado en un diente. A continuación, un sinfín de imágenes de su vida pasada acudieron a su cabeza. ¿Cómo olvidar a aquella mujer alta, negra, de extraño acento y con ese pequeño diamante en el diente? Solo una vez había coincidido

con ella y ni siquiera llegaron a hablar. Sin embargo, estaba seguro de que esa boca pertenecía a Desirée Beelzé, una directiva de la Multinacional del Oro.

Wilson se sintió desconcertado: ¿por qué aparecía en su vida después de tantos años?, ¿por qué quería comprar su naviera?

Las sorpresas no habían terminado esa mañana. Todavía perplejo, se fijó en una caja de cartón sobre la mesa. Tenía escrito su nombre, no el de ahora, Alejandro Wilson, sino el de su vida anterior: Walter Lima. Al abrirla, el aroma de la Amazonia impactó en sus sentidos. Entre tierra y hojas marchitas, todavía húmedas, había un mechero. Lo reconoció al instante por el nombre que tenía grabado: era el Zippo de su padre, Bernardo Wilson, muerto años atrás en la selva.

La caja contenía también un papel manchado de tierra:

He guardado el mechero de su papá durante dieciséis años y creo que ha llegado el momento de devolvérselo. Lo tomé de su cadáver, el mismo día que aquellos salvajes le lanzaron el dardo envenenado que lo mató. Es una muestra de buena voluntad por mi parte, amigo Walter. Pero le aviso: prepare los papeles para la venta de la Naviera Wilson. Tiene tres meses. El plazo termina el uno de septiembre y créame que es un plazo generoso. Si sabe manejar ese tiempo y el millón de euros que le ofrece mi socia Desirée Beelzé, podrá iniciar una nueva vida en otro lugar. No desperdicie la oportunidad porque, además de quedarse sin sus barquitos, podría perder a su dulce esposa, a sus hijitos y a su viejita indígena.

Su viejo amigo,

Jon Jairo Bul

Y entonces comenzó la pesadilla.

Yaiza se asomó por la puerta del despacho con su dulce sonrisa. Vio a su esposo con algo entre las manos y un papel al que prestaba toda su atención. Alejandro estaba pálido.

—¿Qué pasó?

Los ojos de Yaiza le devolvieron a la luz.

—Nos están amenazando —dijo con radical sinceridad.

Ni siquiera le pasó por la cabeza ocultar a su esposa su tremenda agitación. La necesitaba. Necesitaba su claridad de ideas, su fuerza y su decisión.

Yaiza vio el vídeo y leyó el mensaje. Alejandro le explicó quiénes eran Bul y Beelzé y lo que se proponían hacer con la Naviera Wilson.

—Avisaré de que hoy no irás a la oficina. —Antes de salir del despacho, Yaiza abrazó a su esposo y le dijo con suavidad—: Ahora ven conmigo, desayunaremos frente al mar como cada día. Las ideas poderosas solo surgen en contacto con la belleza y nosotros necesitamos una urgentemente.

Pasaron el resto del día trabajando. Yaiza buscó información sobre la Multinacional del Oro y descubrió que Desirée Beelzé se había convertido en la socia mayoritaria de la compañía. La mujer poseía también varios yacimientos minerales en Sudáfrica y otros países de Latinoamérica. No era difícil atar cabos: necesitaba una flota de barcos «legal» que sirviera al tráfico de diamantes de sangre, oro y quién sabe qué oscuros negocios.

También investigó sobre el viejo yacimiento minero de Río Negro, propiedad de la Multinacional del Oro en el corazón de la selva amazónica. Yaiza no ignoraba que su esposo guardaba celosamente vidas pasadas, plagadas de dolorosos sucesos en los que ella nunca había hurgado, y el viejo yacimiento era uno de esos secretos. Lo único que sabía era que Alejandro vivió allí durante el tiempo que pasó buscando a la indígena que lo crio de niño. Ahora se enteraba de que fue en ese lugar donde su esposo conoció a Jon Jairo Bul, que reaparecía en la vida de ambos dieciséis años después.

La última noticia que encontró hablaba de la condena de diez mineros por el exterminio de un poblado indígena y del cierre del yacimiento por esta causa. Luego, nada.

El presidente de la Naviera Wilson había nacido en Los Cerritos, un pueblo lindante con la selva amazónica, y fue bautizado con el nombre de Walter Lima. Su familia era muy pobre y cuando cumplió diez años, su padre decidió llevarlo a trabajar con él a un yacimiento de oro en el interior de la selva. Al atardecer de ese día su vida cambió: un jaguar devoró a su padre y él se quedó en cuclillas al pie de un inmenso árbol esperando la muerte en la oscuridad. A la mañana siguiente, unos indígenas lo encontraron y lo llevaron a su poblado, donde una mujer indígena lo alimentó y cuidó como si fuera su propio hijo. Esa mujer se convirtió en su madre y le dio un nuevo nombre: Omawë.

Así pasaron algunos años hasta que un día apareció en el poblado un explorador español y Omawë, que ya era un adolescente, le pidió que le ayudara a regresar a la civilización y a recuperar su identidad. Desgraciadamente, al llegar a Los Cerritos su familia ya no estaba. De-

solado, sintió la mano de Bernardo Wilson apretando su hombro y prometiéndole que no le dejaría solo, que lo adoptaría y trataría de ser un padre para él. Y así fue: le dio su apellido, Wilson, y otro nombre: Alejandro. De la noche a la mañana, el muchacho pasó a ser el hijo de un hombre rico e importante que lo llevó de viaje por el mundo y le descubrió otra vida, hasta el punto de despertar en él la pasión por aprender y el deseo de llegar a ser digno hijo de aquel hombre que le había tendido la mano desinteresadamente. Sin embargo, su felicidad no era completa porque el chico indígena Omawë que seguía vivo en su interior, le recordaba en lo más profundo de su conciencia que había abandonado a su mamá indígena. Bernardo Wilson, cansado de verle sufrir, le propuso ir a buscarla: vivirían en la selva y recorrerían cada uno de los poblados hasta dar con ella. Fue así como padre e hijo acabaron en el yacimiento minero de Río Negro, aquel en el que el niño Walter jamás llegó a trabajar de minero porque un jaguar se cruzó trágicamente en su vida al atardecer, pero en el que estaba escrito su destino como principio y fin de todas sus desgracias.

Bernardo Wilson y su hijo Alejandro llevaban ya dos años buscando a la mamá indígena entre los poblados de la selva sin resultado cuando llegó al yacimiento un hombre de oscuro pasado llamado Jon Jairo Bul. La primera exploración de Bernardo Wilson y Bul acabó en tragedia. Bul regresó solo y contó que unos indígenas habían matado a Bernardo. Pocos días después del amargo suceso, Bul trajo al yacimiento a una joven indígena de una belleza excepcional y Walter Lima, nombre que usaba en vez de Alejandro, se enamoró de ella. Desgraciadamente, la más bella hija de la Amazonia no correspondió a su amor. Harto de sufrimiento, abandonó el yacimiento y buscó a la mujer indígena que lo adoptó sin descanso hasta que la encontró. Después, regresó con ella a Tenerife y se puso al frente de la Naviera Wilson como Alejandro Wilson, tal y como su padre Bernardo hubiera deseado. Casarse con Yaiza terminó de estabilizar su nueva vida. Por fin se sentía en paz.

Sin embargo, Alejandro Wilson jamás le contó a nadie esta historia, ni siquiera a su esposa Yaiza, salvo a grandes rasgos. Es así, ignorándola, como había decidido dejarla atrás.

En aquella tensa mañana donde una terrible amenaza se cernía sobre su familia, Alejandro Wilson, un hombre inteligente y frío para los negocios, estudió la maniobra de Beelzé. ¿Por qué le ofrecía un millón de

euros por una empresa cuya cotización rondaba los mil millones? ¿Por qué no se la robaba directamente bajo la misma amenaza? La razón era clara: Beelzé quería una venta legal. Tampoco deseaba mancharse las manos con la sangre de su familia, solo deseaba apartarla, y eso le daba cierto margen de maniobra. Beelzé buscaba una venta sin ruido, sin que los informativos dieran noticia de que la emblemática Naviera Wilson había cambiado de manos y eso, obviamente, era incompatible con la desaparición violenta de su propietario. A Alejandro le costaba aceptar la idea de perder su naviera, pero que además sus barcos sirvieran para el tráfico marítimo de corruptos negocios, no estaba dispuesto a tolerarlo.

Se estrujó los sesos buscando la fórmula para salvar la compañía mercante que había heredado de su padre. No tardó en asumir lo inevitable: debía deshacerse de la Naviera Wilson con urgencia, ponerla en manos de otra compañía con capacidad de mantener su actividad y con la suficiente fuerza para enfrentarse a BeelzéBul si es que seguía en el empeño por hacerse con la compañía.

Nunca imaginó que esa feliz etapa de su vida en Tenerife como presidente de la Naviera Wilson se acabaría bruscamente de la noche a la mañana, pero así habían terminado todas las anteriores y había logrado sobrevivir.

Ahora, su única preocupación era salvar a su familia y evitar las represalias de Beelzé.

Con esa determinación, repasó las grandes compañías que conocía y un nombre se hizo protagonista en su cabeza. Era una gran multinacional que transportaba gas natural entre América y Europa y poseía, además, el uno por ciento del accionariado de la Naviera Wilson. Conocía bien a uno de sus directores. Vivía allí mismo, en Tenerife, y eran buenos amigos.

Buscó en los contactos del móvil y marcó el de Fran Peraza.

—¡Alejandro, muchacho!, ¿qué pasó? Me pillas en Las Palmas—dijo la voz de Fran al otro lado de la línea.

—Vente *pa* la isla picuda, ya mismo.

—¿A qué tanta prisa? Pensaba quedarme el fin de semana con la familia.

—Tengo una oferta que hacer a tu compañía.

—Seguro que puede esperar al lunes.

—No, no puede, y a tus jefes no les gustará saber que perdieron una buena oportunidad porque uno de sus directivos se quedó a tomar

el sol con los *canariones* en vez de asistir a una reunión de urgencia. Tienes que venir, amigo. Toma el primer vuelo que salga.

—Me estás asustando.

—No te asustes, hombre, es una gran noticia la que tengo que darte. Además, quiero que vengas a comer aquí, a mi casa en el Puerto de la Cruz.

—¿A tu casa? ¡Me vas a enseñar tu casa! ¡Eso sí que es una sorpresa!

La enorme propiedad de los Wilson era un misterio en la isla de Tenerife. Alejandro había comprado los extensos terrenos de un parque zoológico y se rumoreaba que, en lo más profundo, había construido una especie de poblado donde habitaba una mujer indígena.

En cualquier caso, todo eran suposiciones, porque Alejandro Wilson era un hombre reservado al que no le gustaba dar explicaciones ni exhibir la intimidad de su hogar. Nunca tenía invitados.

—Oswaldo irá a recogerte a Los Rodeos —dijo Wilson y colgó el teléfono.

El resto de la mañana, Alejandro planeó minuciosamente los términos de la conversación que iba a mantener con Fran Peraza y a la una de la tarde tocaron con los nudillos en la puerta del despacho.

—Permiso.

Oswaldo Betancor, mano derecha de Alejandro Wilson en la naviera, asomó la cabeza y este se levantó de su sillón y se acercó a dar la bienvenida.

—Adelante, les estaba esperando —dijo mientras estrechaba la mano de Fran Peraza—. Oswaldo, te buscaré si te necesito, debo hablar con el señor Peraza.

—Lo que mande, señor Wilson, estaré trabajando en la sala de estar. Voy a hacer unas llamadas —replicó Oswaldo, cerrando la puerta.

—Vaya, qué despacho tan original. Parece un museo del Paleolítico —comentó Peraza, echando un vistazo alrededor.

En las paredes colgaban los exóticos objetos que narraban la historia de la vida pasada de Alejandro Wilson: un prehistórico arco con flechas adornadas con plumas de colores; un juego de cuchillos que él mismo fabricó con mandíbulas de animales siendo un chaval; una cerbatana con algunos dardos; la piel seca de una anaconda de siete metros y otra de un temible jaguar, que sobrecogía el corazón. En el cen-

tro, un formidable marco de madera que protegía tras un cristal un rústico collar de semillas grandes y negras.

—Bueno sí, traje algunos recuerdos de mi querida selva amazónica. Justo de eso deseaba hablarte. —Fran Peraza no pudo disimular su desconcierto y Alejandro Wilson continuó—: Querías que te enseñara mi casa, ¿verdad? Daremos un paseo mientras te explico por qué te hice venir con tanta urgencia.

Salieron al soleado jardín, plagado de flores y arbustos, que rodeaban la mansión. Pasaron junto a la piscina, que ahora invitaba a la zambullida y que en invierno se cubría con una estructura acristalada, que comunicaba con el gimnasio de la casa, para hacerla climatizada.

En un extremo, las palmeras marcaban un bonito y largo paseo. Detrás, comenzaba la selva particular de la familia, la que tantos rumores había despertado en la isla desde que Alejandro Wilson se instaló hacía dieciséis años. El anfitrión dirigió los pasos hacia allá.

—¡Es espectacular! —exclamó Peraza cuando se vio rodeado de inmensos árboles por cuyas ramas corrían monos haciendo locuras junto a lémures de larga cola anillada, loros multicolor, aves exóticas y otras especies arbóreas.

—Sí, lo cierto es que tuve que recrear en miniatura la Amazonia para que mi mamá pudiera vivir aquí, con nosotros.

—O sea, que es cierto lo que cuentan, que tu madre es una indígena.

—Sí, es cierto. Es la mujer indígena que me cuidó como una verdadera madre los años que viví en un poblado oculto de la Amazonia.

—¿Y me vas a presentar a tu señora madre?

—No, a ella no le gustan los extraños.

—Alejandro, eres un hombre misterioso.

—Digamos que mi vida no ha sido fácil y he ido creando lazos invisibles con otros lugares y otras gentes y, a veces, esos lazos aprietan.

—¿Qué quieres decir con que aprietan?

—He estado pensando y creo que mi familia necesita un cambio. —Alejandro se detuvo y Fran lo miró expectante. A continuación, Wilson le dio la noticia—: Voy a dejar la isla y la presidencia de la Naviera Wilson.

—¿Qué quieres decir?

—Yaiza y yo pensamos que llegó el momento de tomarnos un año sabático. Quiero que mis hijos conozcan la Amazonia y sus gentes, que aprendan de la vida, que salgan de la burbuja del Puerto de la Cruz, que sepan dónde están sus orígenes...

—No entiendo nada.

—Te lo diré claramente: dejo la Naviera Wilson y estoy buscando una compañía que pueda hacerse cargo de ella durante, al menos, un año.

—¿Vendes la naviera?, ¿la traspasas?, ¿de qué hablas?

—No puedo venderla, eso llevaría demasiado tiempo y mucho papeleo. Es más sencillo: quiero ceder la explotación a una compañía con capacidad para mantenerla en funcionamiento a cambio del cien por cien de los beneficios que genere durante un año. Por supuesto, yo desaparezco. Dejo de ser presidente. He pensado que la multinacional para la que trabajas es la mejor opción, de ahí mi llamada urgente. Es muy fácil de entender.

—Y eso, ¿cuánto nos va a costar?

—¡Nada, te lo acabo de explicar!

—Puedo plantearlo en la próxima junta de accionistas. —Fran Peraza estaba perplejo buscando algo de cordura en el acuerdo que le proponía Wilson. Buscó en la agenda del móvil y continuó—: Está convocada para el veintinueve de junio y la decisión podría estar tomada para después del verano, en septiembre u octubre. ¿Cómo lo ves?

—Amigo, mi propuesta debe resolverse hoy o vas a entrar en competencia con otras empresas que tengo en mi lista. Te recomiendo que hagas algunas llamadas antes de comer. —Alejandro Wilson giró sobre sus talones ante la mirada atónita de Fran Peraza y añadió—: Volvamos a mi despacho. Allí estarás tranquilo.

Durante el almuerzo, Yaiza se unió a ellos. Estaban solos en una mesa cubierta por un mantel blanco y adornada con un centro de radiantes esterlicias.

—Alejandro me ha contado que se van con los chicos a la selva amazónica. ¡Qué valientes! —comentó Fran.

—¡Qué exagerado! —exclamó Yaiza, sonriendo—. En realidad, vamos a colaborar en un proyecto de la ONG Amazonia Viva. Somos muy amigos de la presidenta, Güendolín Mendoza, y nos ha pedido ayuda para poner en marcha otra de sus comunidades de ayuda a niños abandonados. Creemos que es una buena educación para nuestros hijos. Guille y Bernardita ya trabajan como voluntarios en los Ranchitos de Güendolín, en Tenerife, pero esto es mucho más ambicioso y una verdadera aventura.

—¡Qué bueno! ¿Y van a perder un año de colegio?

—Ellos tendrán sus clases, pero, en cualquier caso, su padre y yo pensamos que van a aprender mucho más sacando este proyecto adelante que en un aula, ¿verdad, Alejandro?

—Por supuesto, yo pasé cinco años viviendo en un poblado indígena y aprendí muchas cosas. Luego no tuve problemas para estudiar la carrera y un MBA. Además, personalmente es una oportunidad para disfrutar de mi familia y devolverle todas las horas que la Naviera Wilson me ha robado a lo largo de estos años. Los chicos están creciendo. Guille ya tiene quince años y Bernardita cumplirá trece dentro de unos días. Siento que me estoy perdiendo algo importante.

—Veo que lo tenéis muy claro. Os admiro —dijo Fran Peraza mientras Alejandro llenaba las copas con un vino de Tacoronte. Peraza tomó su copa y continuó—: Hablé con el presidente sobre la cesión de la Naviera Wilson a nuestra multinacional y, ¿saben lo que me dijo? —El matrimonio miró fijamente al mánager—: ¡Que dónde había que firmar! Es la operación más rápida que he hecho en mi vida.

—¡Estupendo! Diré a Oswaldo que prepare la documentación.

—¿No os arrepentiréis de lo que estáis haciendo?

Como respuesta, Alejandro y Yaiza levantaron la copa para brindar.

—¡Por una nueva vida!

Golpearon las copas y Alejandro continuó hablando:

—Fran, tengo que hacerte otra propuesta, pero esta es de tipo personal.

—¿Crees que aguantará mi corazón?

—Espero —dijo sonriendo Alejandro—. Antes te quería preguntar si te ha gustado nuestra casa.

—Vuestra casa es el paraíso, jamás vi nada parecido. Si no es indiscreción, ¿cuánto has invertido aquí, Alejandro?

—Bueno, solo por los terrenos pagué cincuenta millones de euros.

—No está mal, el alemán hizo un buen negocio —comentó, en alusión al antiguo propietario del zoo, y preguntó—: ¿Qué quieres proponerme?

—Necesito dinero y he pensado en vender mi casa. No a cualquiera: a ti.

—Ya me gustaría, pero desgraciadamente no tengo cincuenta millones.

—Tranquilo, lo suponía. Había pensado que quizá por un millón de euros podrías quedarte con la propiedad: la selva, la mansión, la casa de invitados y la plantación de plataneras que explotan los chicos de los

Ranchitos de Güendolín. Podemos verla ahora, olvidé enseñártela en nuestro paseo.

—No te entiendo, Alejandro. ¿Por qué vas a vender la casa? Puedes conservarla hasta que vuelvas, no te será fácil encontrar algo semejante en toda Canarias.

—El caso es que necesito efectivo para nuestro año sabático y acabo de invertir hasta el último euro en las nuevas instalaciones de la Naviera Wilson en el puerto de Barcelona.

—¿Va todo bien? —le interrumpió Fran, que empezaba a sospechar de aquella rocambolesca historia.

—Sí, sí, solo que carezco de efectivo.

—Podrías pedir un préstamo.

—La verdad es que tenemos pensado instalarnos en Santa Cruz a nuestro regreso, no creo que volvamos aquí, los chicos se están haciendo mayores y no es cómodo para ellos depender siempre de un coche que los lleve y los traiga.

—Alejandro, no soy imbécil. Aquí está pasando algo raro. ¿Has recibido amenazas? ¿Intentan chantajearte? Puedo ayudarte, pero dime qué está pasando.

—No te montes películas. Solo necesito un millón de euros inmediatamente y, si pongo a la venta mi propiedad por cincuenta millones o más, creo que me va a costar venderla bastante.

—Está bien. No me cuentes nada si no quieres, pero escucha: voy a darte un millón de euros, porque sé que tienes problemas. Cuando los resuelvas, solo tienes que devolverme el millón y recuperarás lo tuyo. Viviré aquí con mi familia. Mi mujer se pondrá loca de contenta y mis cuatro pequeños correrán de lo lindo por este jardín. Nos tomaremos esto como un año de vacaciones de lujo. ¿Conforme?

Alejandro se levantó y lo abrazó.

—Gracias, amigo.

Yaiza tomó la copa de vino y dio un sorbo intentando deshacer el nudo de la garganta. Luego, la dejó sobre la mesa y mantuvo la sonrisa de siempre.

En el interior de la casa, Oswaldo Betancor seguía la conversación, minuto a minuto, desde la ventana abierta. No daba crédito a sus oídos, Wilson se había vuelto loco. Se sujetó la cabeza, desesperado. ¿Cómo había reaccionado tan rápido? De repente, escuchó su nombre.

—Le diré a Oswaldo que vaya preparando todo el papeleo para dejarlo listo cuanto antes.

—¿Qué tal es Oswaldo Betancor? Sé que es tu hombre de confianza, pero siempre le he visto un punto raro.

—Ja, ja, ja, sí es un poco peculiar —rió Alejandro Wilson, mucho más relajado—, pero es buen hombre y de una eficacia sorprendente.

—Oswaldo es uno más de la familia —intervino Yaiza—. Para nuestros hijos es como un tío espléndido y solícito, siempre dispuesto a dar caprichos y atender a sus deseos. Le adoran. Vive aquí, con nosotros, en la casa de invitados.

—Te lo presentaré formalmente —dijo Alejandro mientras lo llamaba por teléfono y seguía hablando de su mano derecha—. Nos conocimos hace muchos años en el yacimiento minero de Río Negro, una vieja mina de oro, en el corazón de la Amazonia, donde él era patrón. Un día, se presentó en Tenerife y me pidió trabajo. Enseguida me di cuenta de que era un lince para los negocios y yo un joven presidente inexperto que necesitaba ayuda.

—¿Qué fue de ese yacimiento de la selva?

El rostro de Alejandro se ensombreció y Yaiza respondió por él.

—Pertenece a la Multinacional del Oro, pero Oswaldo nos contó que fue usurpado por una sociedad formada por dos individuos de oscuro pasado: Desirée Beelzé y Jon Jairo Bul.

Alejandro miró intensamente a su esposa suplicándole que callara, pero ella continuó con la explicación:

—Oswaldo los conoce bien y los odia: le arrebataron lo suyo e intentaron matarle. Suerte que huyó a tiempo.

Fran Peraza sintió que un peligro impreciso tomaba cuerpo en las palabras de Yaiza, como si oscuras sombras del pasado regresaran para aplastar a los Wilson sin compasión.



Amanece en Amazonía

13 de junio

Tres amigos caminaban en silencio hacia el filo de la montaña más alta de la Amazonia, el Gran Tepuy. Los últimos ocho años habían contemplado juntos la salida del sol sobre el mar de selvas que inundaba el

horizonte. Ese día no era diferente de tantos otros y, sin embargo, cada uno a su manera sentía la zozobra que precede a lo que está a punto de suceder.

Antonio, Daqui Datiguichi y Piroa eran indígenas de un pueblo oculto que habitaba Amazon, la legendaria ciudad perdida de la Amazonia, y eran también muy diferentes entre sí.

A sus dieciséis años, Daqui nunca había visto la luz del sol. Sus ojos eran como dos pequeñas lunas rodeadas de oscuridad. Daqui nació ciego por el ataque de unas malignas plantas carnívoras que intentaron devorar el cuerpo de su madre, Dakota, cuando lo estaba gestando.

No se sentía desgraciado, porque la vida le había regalado un don superior que compensaba con creces su ceguera. Daqui era capaz de escuchar los pensamientos y la música que los acompañaba. Era algo que llevaba en secreto, porque no le gustaba alardear, pero los que estaban cerca de él lo sabían.

Piroa era la mayor de los tres amigos, aunque parecía la más pequeña. Había cumplido veinticuatro años y su aspecto era el de una niña de ocho: medía poco más de un metro y pesaba apenas veinte kilos.

El caso es que cuando las temibles carnívoras atacaron a la madre de Daqui, Piroa estaba con ella y se cebaron con su frágil cuerpecito. Fue tanta la energía vital que le absorbieron que quedó sumida en un profundo sueño del que despertó siendo ya una adolescente. Durante los ocho años que durmió, su desarrollo se detuvo, quedó en letargo, tan solo le creció el pelo.

La melena de Piroa era negra, lisa y brillante. Le caía preciosa y abundante hasta los tobillos. Ella la cuidaba con esmero y se la peinaba retirada de la cara con dos mechones de pelo que trenzaba desde la coronilla. Cada día la adornaba con florecillas frescas blancas. Cuando, abrazada a sus rodillas, esperaba la salida del sol, la melena de Piroa se perfumaba sobre el manto de hierba.

Para ella, los años que durmió no fueron años perdidos, porque en su apacible descanso conoció a una niña divertida, alegre y de buen corazón que venía a jugar con ella y a contarle secretos. La niña de los sueños también se llamaba Piroa y habitó Amazon en el pasado, cientos de años atrás. Así, cuando Piroa despertó, conocía cada rincón porque había paseado por todos ellos con su amiga de los sueños.

Los habitantes de Amazon sentían por Piroa una ternura especial y cierta pena: era una pobre mujercita indefensa que vivía en un mundo fantasioso y lejos de la realidad.

El tercer amigo se llamaba Antonio y era un indígena rubio a punto de cumplir catorce años. Su llegada a la Ciudad Perdida revolucionó la tranquila existencia de sus habitantes y fue un gran acontecimiento: un águila arpía, a la que llamaban la Diosa del Viento, lo trajo volando hasta su nido cuando tenía seis años.

Antonio había desarrollado una destreza especial para subir a los árboles, desplazarse entre la intrincada vegetación y realizar piruetas y saltos imposibles que despertaban admiración.

Estaba dotado también de gran ingenio para construir cosas. En la selva levantó una cabaña adonde los tres amigos iban con frecuencia a pasar el día y, junto a la cabaña, una balsa para Piroa. Otra de sus aficiones consistía en tallar bonitas figurillas con trozos de madera. Un día, una rama quebrada de la que colgaban leñosos tallos, le recordó la imagen de un hombre que a veces le venía a la cabeza. Tomó la madera y se entretuvo en sacar a la luz el rostro humano que escondía. Cuando acabó de esculpir los ojos, la nariz y la boca, deshilachó los leñosos tallos que quedaron colgando. Ciertamente que no se parecía al rostro de su imaginación, pero sonreía y tenía barba. Orgulloso, se la mostró a Piroa, que le dijo que era un hombre feo y Antonio, molesto, se la guardó.

Esa mañana en la que algo invisible hacía que las cosas fueran diferentes, el sol no faltó a su cita.

—¿Qué te pasa, Antonio? Estás muy serio —dijo Piroa, y miró a Daqui en busca de una respuesta—. ¿Tú sabes qué le ocurre?

—Se acerca la noche de la mayoría de edad y nuestro amigo está nervioso.

—¿Por la prueba de valor?

—No, Piroa, no es por eso. Él está siempre preparado para cualquier reto.

Era cierto que esos días Antonio andaba desasosegado, malhumorado y haciéndose preguntas a las que no sabía dar respuesta.

—A ver, sabelotodo —intervino Antonio, molesto—. ¿Sabes por qué soy el único habitante de Amazón que tiene un estúpido nombre que no significa nada?

—El mío significa «ojos sarnosos», casi preferiría que no significara nada —respondió Daqui con una media sonrisa.

—¡Puedes cambiarlo cuando ganes la mayoría de edad! —exclamó Piroa, que sufría a la mínima discusión—. Tienes tres lunas para pensar un nuevo nombre. ¡Daqui y yo te ayudaremos!

—Sí, buscaremos un nombre que diga quién eres —añadió Daqui.

—¿Y quién soy, Daqui?

—¡Eres el hijo de la emperatriz de Amazón! —exclamó Piroa muy segura de sus palabras—. ¿Qué más necesitas saber?

—Déjalo, Piroa, no entiendes nada. Sigue en tu mundo feliz, el real no es para ti.

Piroa, que permanecía en cuclillas, bajó la cabeza hacia las rodillas y su melena la cubrió por completo. Daqui intervino:

—Las preguntas que se han despertado en tu cabeza pidiendo explicaciones te tienen de muy mal humor, ¿sabes? No lo pagues con nosotros.

—¿De qué hablas? Yo tengo todo muy claro.

—Ah, ¿sí? Acabas de preguntarme quién eres. Ya entiendo lo claro que lo tienes. A ver, contéstame a esto: ¿por qué eres rubio?, ¿qué te ocurrió antes de llegar a Amazón?; y la más terrible de todas: ¿crees que este es tu lugar?

Antonio sentía que las dos lunitas de la cara de Daqui hurtaban en su pecho, muy adentro. Con crudeza, su amigo descubría sus dudas, las que él se empeñaba en ocultar porque, en el fondo, le avergonzaban. Daqui siguió:

—Además, estás tan obsesionado en buscar tu propia prueba de valor que no te has dado cuenta de que Siwä te vigila y sigue tus pasos desde hace días.

Antonio se quedó paralizado: ¿a él? ¿Por qué? Desde luego, no se había percatado, pero si de algo estaba seguro es de que Daqui no se equivocaba nunca.

—Yo también tengo que contaros una cosa —dijo Piroa de repente, como si las palabras de Daqui le hubieran recordado algo—: Anoche, mientras dormía, mi amiga Piroa vino a verme.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario, Piroa? Tu amiguita de los sueños está siempre haciéndote visitas —dijo Antonio, al que le parecían tonterías las historias de su amiga.

—Creo que muy pronto alguien diferente va a llegar a Amazón —anunció con decisión.

—¿Quién? —saltaron los dos chicos al unísono.

—No lo sé. Piroa me mostró imágenes de cosas que nunca había visto.

—Ya estamos con tus alucinaciones y locuras —comentó Antonio—. ¿Qué cosas?

—Cosas raras. ¡No me miréis así! No sé qué eran.

—¿Por qué dices que va a llegar alguien si solo soñaste con cosas raras? —preguntó Daqui con interés.

—Porque había una melena.

—¿No serías tú misma la del sueño?

—No, era una melena más corta.

—¿Como la mía? —preguntó Antonio, cuyo pelo rubio le crecía salvaje hasta los hombros.

—La tuya es dorada como el oro de Amazón. Esta era completamente roja como la tierra mojada, y mucho más larga —explicó señalando su propio pelo a la altura de la cintura—. Esa melena es lo único que identifiqué en mi sueño.

—¿Te mostró la niña de los sueños a quién pertenecía? —indagó Daqui.

—No, me desperté antes. Era un sueño turbio, feo, no quería estar allí más tiempo.

Los chicos no hicieron más preguntas y durante un rato permanecieron en silencio dando vueltas a sus pensamientos hasta que Piroa los interrumpió:

—No sé si sentís que esta mañana es extraña, diferente a la de ayer y a todas las anteriores.

—Es cierto. El águila arpía no ha aparecido como cada día después de salir el sol —añadió Daqui.

—¿Cómo lo sabes? Se supone que eres ciego —preguntó Antonio, sorprendido.

—¡Antonio! No empieces otra vez, sabes perfectamente que Daqui ve más allá.

—Es muy raro que no haya salido a cazar —dijo el muchacho ciego, encogiéndose de hombros.

—Iremos a la ceiba donde está su nido a ver qué ha ocurrido.

Antonio se levantó y Daqui y Piroa lo siguieron hacia la sombría jungla.